

ADVIENTO

“El Espíritu y la esposa dicen ven..” (Ap. 22,17a).

1.- El misterio del Adviento

-Dios quiere seguir encarnándose--

Estamos iniciando un tiempo de verdadera y auténtica gracia que Dios constantemente está regalando a su Iglesia. El tiempo del Adviento es el tiempo de la expectación de la llegada de Dios a nosotros. Pero cuando decimos que “Dios viene,” que “Dios va a llegar al hombre” hay que tener presente --como nos lo recuerda la teología de la gracia-- que aquél que viene es enviado por alguien, y ese que viene y es enviado por alguien, llega a alguien, llega a nosotros. Es importante que tengamos en cuenta esta doble relación del Verbo Encarnado que viene en el misterio de la Navidad para nosotros. Pensemos en los destinatarios del don o en aquellos que son término de la misión del Hijo --que somos nosotros--. Esto nos llevará a comprender y a agradecer la vida que Dios nos ha comunicado y continúa comunicándonos a través del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios.

La Liturgia del Adviento constantemente nos va a hablar del Pueblo de Israel, de un pueblo que vivía en tinieblas, en sombras de muerte; de un pueblo que estaba humillado y subyugado en el destierro, de un pueblo que se encontraba en cadenas. Ese pueblo también somos nosotros, a tal grado que --si no entramos en la noche de nuestra propia vida-- no vamos a valorar lo que significa la luz que es el mismo Verbo de Dios. Es importante por tanto estar viendo constantemente nuestro interior como destinatarios de la Encarnación, y a la vez tener presente constantemente el origen de donde viene el Verbo de Dios. Si mantenemos esa doble mirada, nuestro Adviento será verdaderamente un tiempo de gracia.

Atendiendo a nosotros como destinatarios, sería una gracia de Dios que entráramos a fondo en nuestra propia noche y que tuviéramos el valor de enfrentarnos con ella. Y, enfrentarnos con ella significa ver todo lo que somos sin Cristo. Por eso, esa situación que constantemente nos presenta la Palabra de Dios sobre el pueblo de Israel es una verdadera expresión de nuestra propia situación. Esa noche que nosotros vivimos es una noche de esclavitud, noche probablemente de indiferencia o de error, o es tal vez de persistencia con cierto cariño de apego a las tinieblas. Cuando celebremos el Misterio de la Navidad oiremos en una de las versiones cómo el

Misterio de la Navidad es un Misterio de luz, pero si nosotros dejamos que brillen en nosotros otras luces que nos den seguridad en cuanto nos preservan de considerar nuestra propia noche, entonces nunca conoceremos lo que es el Misterio de la Encarnación. y por otra parte, en cuanto al origen de este acontecimiento, no fue solo una irrupción, un "algo" de la Divinidad que cayó en la tierra, sino que fue una Persona y una Persona Divina, el Hijo de Dios, el que asumió nuestra humanidad. Santo Tomás de Aquino se pregunta por qué fue más conveniente que fuera la segunda Persona de la Santísima Trinidad la que se encarnara, el Hijo, el Verbo, la Sabiduría. ¿Por qué se hizo hombre el Verbo y no el Padre ni el Espíritu Santo? Hubo una razón de conveniencia, responde Santo Tomás: "el Hijo se hizo hombre porque Dios pretendía tomar a esa criatura llena de noche, que es el hombre, para transformarlo en hijo suyo."

Y esto lo decimos no sólo para elucubrar un poco en el campo de la teología, sino porque hay que llegar hasta la intención de la Encarnación. La Encarnación la quiso Dios; es decir, hubo un acto de amor de Su parte. En ese orden magnífico de la verdad en donde la Trinidad misma vive, hubo un interés por el hombre. Cuando nosotros nos desplazamos a cualquier parte, llevamos una intención, y es más importante esa intención que llevamos que el trayecto que recorreremos, porque ese trayecto está sometido a nuestro querer, a lo que verdaderamente pretendemos. Así también, la venida del Hijo de Dios brota de la intencionalidad que Dios tuvo de llegar al hombre. ¡Somos tan pequeños sin Dios, y sin embargo, somos tan amados de Él que de manera misteriosa el Verbo de Dios se desplaza y llega hasta nosotros! No es que en Él haya un cambio local, pero con toda realidad Dios llega, y llega dándonos Su propia gracia.

Esto es verdaderamente trascendental para vivir el misterio del Adviento, y todavía más prodigioso si pensamos que esa voluntad eterna de Dios por la cual eligió a la Humanidad de Jesús para estar unida a la persona del Verbo, esa voluntad de encarnación no se agotó en Jesús. Dios no quiso hacer esa unión de la Humanidad con su Persona por sí misma, la quiso hacer por nosotros a tal grado que la Encarnación misma; es decir, la asunción de la humanidad de Jesús no agota todo el sentido de la Encarnación. El sentido de la Encarnación se agotará cuando todo --absolutamente todo-- haya retornado al Padre.

Por eso en las cartas de la cautividad san Pablo nos dirá que "nosotros somos también la plenitud de Cristo," y eso significa que Dios quiere seguir encarnando en la humanidad. ¡Es algo verdaderamente sorprendente! Evidentemente no lo puede hacer de la forma como realizó la unión substancial de la Divinidad con la Humanidad de Jesús en la Persona del Verbo, eso no puede repetirse, pero esa unión tan maravillosa, tan prodigiosa y misteriosa, nos está indicando que Dios quiere realizar de la manera más posible, y más posible es todo lo posible que no implique evidentemente una contradicción. *Este* es uno de los fundamentos de la Encarnación Mística: ¡Dios quiere seguir encarnándose! ¡Dios quiere llegar al hombre! Aunque Cristo hubiera vivido no solamente en Palestina sino aquí y en todas partes, no se agotará el deseo de búsqueda que Dios tiene del hombre que solamente será satisfecho cuando Dios, por mediación de Cristo, haga retornar el universo a Sí. Aquella frase tan conocida: "Dios se hace hombre, para que el hombre se haga Dios" es una gran verdad. Y creo que en general a nosotros nos falta mucho en nuestra piedad por remontamos hasta este Misterio Trinitario; Misterio que implica -porque así lo han querido las Tres Personas Divinas- la salvación del hombre: *"Misterio que en generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido ahora revelado a los santos apóstoles y profetas, por el Espíritu, que los gentiles son coherederos, miembros del mismo Cuerpo de Cristo y partícipes de la misma promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio."* (Ef. 3,4-10).

Ahora que vivimos este misterio del Adviento, agradezcamos y acojamos esta intención que Dios tiene de buscarnos, de participarnos Su propia vida. Muchas veces pensamos que nuestra búsqueda de Dios es más insistente que la búsqueda que Dios tiene del hombre, olvidando que *"Él nos amó primero."* Partiendo del hecho histórico de la encarnación del Hijo de Dios no olvidemos que esa encarnación tiene que realizarse en nosotros, por eso la gracia de la Encarnación Mística debemos de considerarla a la luz de este gran misterio: ¡Dios quiere seguir encarnado! Estas ideas son trascendentales en el tiempo del Adviento. Será una gracia de Dios si nosotros experimentamos nuestra propia noche, el egoísmo de nuestra propia mezquindad, nuestra infidelidad, para que así cuando Dios nos entregue en la Navidad Su propio Don -Su propio Hijo- veamos la razón que tuvo al enviarnos a la Segunda Persona de la Trinidad.

Vamos a entrar con la ayuda de la gracia de Dios en este tiempo de preparación, de espera, de vigilancia en la oración. Tiempo de alabanza, y para ustedes

llamadas especialmente a la vida contemplativa, tiempo en que se les brinda constantemente este tema de contemplación. Que el Señor nos abra los ojos para ver Sus dones, porque de otra manera, viviremos con una mirada muy miope, sin ese sentido de admiración ante los dones de Dios. Que el Señor nos conceda vivir este tiempo maravilloso de la expectación del Misterio de la Navidad. Así sea.

2.- Venida invisible del Verbo a nuestro corazón

"Yo te bendigo Padre del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y a prudentes, y se las has revelado a pequeños" (Lc. 10,21). Estas palabras actualizadas en el tiempo del Adviento tienen una eficacia singular, porque si el Señor nos encuentra con sencillez de corazón, nos revelará el sentido del Adviento. Es una gracia el percibir lo que la Iglesia va viviendo en cada uno de sus tiempos litúrgicos. Es una gracia vivir el Misterio de la Navidad, es igualmente gracia el descubrir el Misterio de la Muerte y Resurrección del Señor, y es gracia acoger el significado de la venida del Espíritu Santo.

Quizá muchas veces hemos celebrado estos misterios juntamente con la Iglesia en cuanto a cristianos, pero tal vez al margen de la misma Iglesia en cuanto a la interioridad con que los vive, por ello tal vez han dejado poca huella en nosotros. Pero cuando hay esta revelación de Dios, y Dios nos considera humildes y pequeños viene la luz, esa luz de verdad que nosotros habíamos tenido entre manos, pero que no la habíamos valorado. Como un niño que tuviera una perla de gran valor y que la considerara de igual valor al de una canica, así puede pasamos en nuestra vida. La revelación que hoy anhelamos -dentro de la Iglesia y con toda la Iglesia- es la que equivale al grito que constantemente la Iglesia está haciendo: ¡Ven Señor Jesús! Digo un grito porque es muy distinto hablarle a una persona sin un énfasis especial o llamarla con un ¡ven! que encierra toda nuestra persona. Muchas veces al Señor le hablamos únicamente de forma vocal, no nos dirigimos a Él con un clamor. Y la oración que es verdaderamente escuchada es la que constituye un clamor. Los responsorios de la Liturgia, frecuentemente expresados en forma muy breve, manifiestan todo ese anhelo de acogida del don que se nos ofrece. Así, cuando se trata de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, la Iglesia lo llama ¡Ven, Espíritu Santo!, cuando se trata de la venida del Verbo encarnado es igual: ¡Ven! ¡Ven! Porque ese grito supone una conciencia de la grandeza del don que se nos ofrece y, a la vez, una conciencia de la necesidad de ese don.

Estamos preparándonos para la venida del Señor, y, creo que todos nosotros más de una vez nos hemos puesto a pensar: ¿Qué significa una nueva venida? Porque sabemos que el Verbo de Dios ha venido al seno de María, y que el Espíritu Santo ha descendido sobre la Iglesia primitiva en Pentecostés, y así al pedírsele para nosotros sería considerar el ciclo litúrgico únicamente como un recuerdo, como que quisiéramos tomar unas actitudes morales buenas, pero que para tomarlas sería necesario transportarnos con la imaginación a los tiempos pasados y hacer como si ahora el Señor fuera a venir, o como si ahora el Espíritu Santo llegara a nosotros como llegó a los apóstoles en Pentecostés. Este esfuerzo de imaginación no nos da por sí mismo la riqueza de lo que significa la vida del Señor. Si la Iglesia dice: ¡Ven! es porque va a venir; no es hacer como si fuera a venir, quiere decir que hay un gran realismo, un realismo místico porque se realiza en el Misterio, pero que implica una auténtica venida del Señor.

Apoyados en la Sagrada Escritura y en la auténtica teología de la Iglesia sabemos que la venida del Verbo de Dios y la venida del Espíritu Santo son "venidas visibles" de Dios; es decir, que Dios ha llegado a nosotros en la visibilidad de la carne de Jesús, y en la visibilidad de los efectos y signos de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Pero lo que es verdaderamente importante es saber que estas dos venidas -la venida de Jesús y la del Espíritu Santo- están encaminadas y ordenadas a la venida invisible de Dios en el corazón de los creyentes. La palabra de Orígenes que después llega a ser como un estribillo a lo largo de toda la teología y del pensamiento de los Padres de la Iglesia: "¿De qué me sirve que el Verbo haya venido en la tierra, si no viene a mi corazón...?" significa que la gran venida, la venida portentosa, la del misterio de la encarnación como hecho histórico está ordenada a una venida constante al corazón de los hombres, igualmente la venida de Pentecostés. ¡Qué pobres seríamos si el Espíritu Santo hubiera venido únicamente una vez a la Iglesia y si hubiera estado únicamente de forma pasajera en Ella! Y así, cuando la Iglesia dice: ¡ven! es porque la misión visible, el envío visible que el Padre hace del Hijo, y el envío visible que el Padre y el Hijo hacen del Espíritu Santo se repite constantemente en el corazón, de tal forma que ese grito: ¡ven! está clamando por una realidad, no por un simple recuerdo, esa realidad es la venida de Cristo a nosotros.

Y ¿cómo es que viene si ya está en nosotros? Si vivimos en estado de gracia, sabemos que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo habitan en nuestro corazón, y esto es lo que a veces -por no profundizar más- nos

puede llevar a pensar que estas venidas invisibles, son un mero recuerdo. Pero no es así. ¡Nuevamente viene! ¡Cada día viene! Cada día y a cada momento viene el Verbo a nosotros ¿Cuándo es cuando viene Él que ya está en nosotros? Cuando Él es conocido y amado de forma nueva por nosotros. Porque la venida a nosotros no es del orden del desplazamiento material, local, no es que Dios vaya de un lugar a otro, Dios está profundamente en nosotros; Dios está donde actúa, y si ya en nosotros vive y mora el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, según la promesa de Jesús: "*vendremos a Él y haremos en Él nuestra morada*" (Jn. 14,23). Cada vez que nos volvemos hacia Aquellos que ya están, se realiza una nueva venida porque están de una forma nueva, no porque la haya cambiado ni el Padre, ni el Hijo, ni el Espíritu Santo sino porque nosotros nos hemos acercado a ellos.

Evidentemente que para llegar a nosotros y para que se realice esa nueva venida hay que apoyarnos en el misterio de la gracia. Podemos decir que hay una nueva venida siempre que hay un crecimiento en la gracia. La Iglesia entera está congregándose toda ella en torno a este misterio de la noche de la Navidad, de esa venida del Verbo de Dios a la tierra, para motivarnos a esa auténtica venida que está encaminada a realizarse en nuestro propio corazón. Santo Tomás de Aquino dice que se establece el contacto con Dios en la tierra a través de dos grandes realidades: la fe y los sacramentos. Es la forma de acercarnos, de tocar, de percibir los frutos incalculables de esta venida del Señor. La Iglesia se concentra en celebrar el misterio de la Navidad, y en el momento de la Eucaristía, realmente se realiza el mismo acontecimiento histórico. Por esto es verdadera la expresión de nuestro corazón y de toda la Iglesia: ¡ven Señor Jesús!

Y la gran verdad del Adviento, si no la única, pero sí de las principales, y yo diría la principal es la preparación en el anhelo, en el deseo de que Dios venga a nosotros. El anhelo de que esa vida trinitaria que ya existe en nosotros crezca por un mayor conocimiento y un mayor amor -no un conocimiento del orden humano- sino un conocimiento de la fe. Un conocimiento de fe racional, discursiva; de acuerdo a la manera de actuar de nuestra inteligencia que va del discurso a la posesión de la verdad, no de esa manera sino en cuanto sea posible, en el paso de la fe discursiva a una fe contemplativa. Es como queremos nosotros acercarnos a este misterio por el conocimiento y el amor, un amor que llega a ser el mismo amor con el que Dios se ama, un conocimiento de los planes de Dios, un conocimiento del misterio de la salvación y un amor de la misma vida que Dios vive. El centro de la vida trinitaria en Dios es el Amor,

y el centro de nuestra vida cristiana como participación de esa vida trinitaria no es cualquier amor, sino Su amor.

Estamos preparándonos para esta fiesta en la que Dios quiere venir a nuestro corazón. El deseo de Su venida no puede brotar de nuestra naturaleza humana, ya que por naturaleza somos incapaces de un deseo del orden sobrenatural, pero esos deseos pueden florecer y ser cada vez más intensos por la gracia. Cada crecimiento en la gracia nos prepara a una nueva venida del Señor, así verdaderamente lo conoceremos y lo amaremos. Que el Señor realice en nosotros esa Palabra que proclamamos en la Liturgia: *"Has revelado estas Cosas a gente sencilla"* y que el día de Navidad podamos decir al Señor: Me has revelado Tu Misterio, y ese misterio se ha realizado en mí.

3.- María: figura de la Iglesia

-Tiempo de Adviento-

Al vivir paso a paso la liturgia del Adviento, encontramos tres personajes centrales: Juan Bautista, José y la Virgen María. Y, cuando aparece la figura de la Virgen María, debemos pensar que en esa figura se está realizando ya de alguna manera el Misterio de la Iglesia. María aparece en la liturgia del Adviento no solamente como una Madre que va a tener el gran privilegio de tener como Hijo al Hijo de Dios para su propia santificación, sino que además de eso María es figura de la Iglesia: Sus dones y privilegios resumen su Persona en los dones y privilegios que Dios concede a la Iglesia. Los misterios que se cumplen personalmente en Ella, se cumplen de alguna manera espiritualmente en la Iglesia y en los que a Ella pertenecen por el bautismo. María resume así por anticipado en su Persona, todas las grandezas de la Iglesia y es de alguna manera la Iglesia en germen. Ella vive todo ese período anterior al acto redentor y al acto de Pentecostés, a partir de su sí dado al Señor a través del ángel en el momento de la Anunciación.

No podemos entrar en la liturgia del Adviento, en nuestro propio adviento, sin fijarnos en la Virgen Santísima. No solamente porque Ella aparece como quien realizó algo muy hermoso, sino porque Ella nos representa particularmente a nosotros. María es el primer miembro de la Iglesia porque Ella fue la primera en aceptar la Palabra de Dios y el mensaje de la salvación. En María se encuentra la Iglesia entera y por medio de Ella toda la Iglesia acoge en su seno al Salvador. Por eso -si la Iglesia quiere vivir al máximo el misterio de la entrega al Señor- tiene que ver que esa entrega viene a ser en cierto sentido un eco de la entrega de María.

En el misterio de la Anunciación, junto con el anuncio del enviado de Dios está en el centro el "sí" de María. Ese "sí" que no entenderemos si no pensamos que ha sido precedido por el gran regalo de la Inmaculada Concepción. María entrega ese "sí" al Señor que marcará su vida entera. No hay un solo paso de Su vida que no esté marcado por el "sí" inicial de la Anunciación, hasta consumarse en ese otro "sí" de la redención, y en el "sí" de Pentecostés.

La vida de María no tuvo ninguna oscilación en el "sí" total que dio al Señor en el momento de la Anunciación. Nosotros en cambio, vivimos muchas veces como en teatro: vacilamos en la entrega hecha al Señor y le volvemos la espalda. María acepta todas las consecuencias de su entrega a tal grado que todos los otros pasos de su vida están coloreados por ese "sí" que Ella dio al Señor. Y, a su vez, el "sí" que María dio en la Anunciación va a ser el que va a ayudar a comprender el mismo plan de Dios. Así como se dice que "sólo el que ama entiende las cosas del amor" -- san Agustín habla mucho de ello- así también sólo el que vive su vocación, comprende su vocación. A veces queremos comprenderla sobre la base de lecturas, pero eso es imposible; solamente se comprende una vocación y el plan de Dios en el abandono libre a Él. Por eso, muchas veces cuando yo veía en la casa de estudios a los estudiantes, que casi todos pasan por una crisis de vocación, yo les decía que antes de tomar la decisión de salir, vivieran un tiempo a fondo su vocación, porque probablemente al vivirla la comprenderían.

La entrega de María que es precedida por la acción del Espíritu Santo, va a dar sentido a toda su vida. ¡Qué modelo tan maravilloso para una vida religiosa! ¡Es la conciencia de nuestra entrega la que nos puede lanzar a la austeridad de vida, una austeridad no impuesta por otros, sino escogida por el movimiento mismo de Dios en nosotros que llega a nosotros y nos lanza a la generosidad!

Ustedes recordarán aquella palabra de Nuestra Madre - Concepción Cabrera de Armida- en los primeros períodos de su vida espiritual bajo la dirección del P. Mir: *"Aquellas palabras de cruz, cruz resonaban en mis oídos, pero ahí se detenían porque no estaba en mi mano pasarlas al corazón, ahora no sé cómo ni a qué hora han penetrado en él, y si no vinieran correría a buscarlas"* (C.C. 1,171).

Desde su experiencia de Jesús Crucificado hay en ella un verdadero cambio. Así, el "sí" de la Anunciación marcó cada paso de la existencia de María, el "sí" de la Encarnación le permitió comprender el plan del Señor. ¿No decimos nosotros, sino el mismo apóstol

san Pablo que *"el que cree se salva?"* (Rm. 10,9); es decir, aquél que ha dado el sí de la fe, va entendiendo todo lo que pertenece al mundo de la fe. Mientras el hombre no haya dado ese "sí," que por otra parte es gracia de Dios, no puede entender el paso de Dios en su vida ni los misterios de Dios mismo. María vive profundamente el misterio de la Anunciación, ha acogido en Su corazón la Palabra de Dios: "Antes de concebir en su propio cuerpo María concibió en su propia alma al Verbo de Dios." (San Agustín).

Aquí es donde María es indudablemente la gran figura del adviento, ahí Ella nos descubre cómo debemos vivirlo. Bajo cualquier punto que contemplemos a María, proyecta luz sobre nuestra propia existencia manifestándonos la conducta que debemos tener en este tiempo privilegiado de gracia que es el tiempo de la expectación. Si consideramos a María en el aspecto de su contemplación, Ella es nuestro verdadero modelo, Ella que se consagró plenamente "a la Persona y a la Obra de su Hijo." (LG 56). Si la contemplamos en cuanto aceptando ya la suerte de Cristo en todo ese Misterio de los primeros pasos de Dios en la tierra, Ella es nuestro modelo. Dicen los exégetas que de alguna manera se percibe en esa negación de lugar para ellos en la posada, la intención del escritor de hacer ver que María participa ya de la misma suerte de Su Hijo. María es un verdadero modelo, modelo de esperanza ardiente y anhelante que cooperó para la salvación de los hombres con fe y obediencia libres. (LG 56). Así María es figura de la Iglesia, vive Ella excelentemente -dicen los teólogos- la parte más importante de la Iglesia, que es Iglesia Madre, Iglesia virgen, Iglesia peregrina. Por eso, afirma el Concilio Vaticano II, *"la Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en Aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles."* (LG 65).

Que la Virgen María, intercediendo por nosotros, nos obtenga las actitudes que marcan este tiempo de gracia del Adviento y que nuestro recurso a Ella sea no solamente el recurso de aquél que contempla un modelo, sino de quien se sabe verdaderamente hijo de esa Madre que sigue siendo para nosotros Mediadora de salvación. La gracia del Adviento es una gracia que debe marcar nuestra vida entera, porque el Señor constantemente está viniendo a nosotros. Vivamos pues con Ella, ya desde este momento, en esta Eucaristía que estamos celebrando, la expectación gozosa del Señor.

4.- Juan el Bautista

-Ceder el lugar a Cristo-

La Iglesia -dirigida por la Sabiduría de Dios que la gobierna- nos presenta durante el tiempo del Adviento, junto con la figura de María, la de Juan el Bautista.

Hay algo que desde el primer momento nos llama la atención. El Bautista anuncia la conversión, la llegada de Alguien que no conoce. Esto supone en él una gran fe, porque él no había tenido por parte de Dios una revelación de su ser y su misión; sin embargo, el Bautista lo anuncia, y ese anuncio no puede ser sino "un testimonio." En este sentido Juan aparece muy cercano a nuestra realidad al realizar en su propia vida la palabra de Pedro: *"A quien amáis sin haberlo visto, en quien creéis aunque de momento no lo veáis"* (1 Pe. 1,8).

Todo el mensaje de este hombre es un mensaje que señala la presencia de otro. Aquí está una gran enseñanza para nosotros. Juan es alguien que indica -incluso a sus mismos discípulos- que no se detengan en él, sino que vayan al *"Cordero de Dios que quita el pecado del mundo..."* (Jn. 1,20). Se habla en el tiempo del Adviento, con relación a la Navidad, de una dialéctica; la dialéctica de la luz y de las tinieblas, así somos invitados en este tiempo a vivir una conversión que nos haga pasar de las tinieblas a la luz: La luz es Cristo, nosotros somos las tinieblas.

Si penetramos en nuestro interior -a la luz de una introspección guiada por las virtudes teologales- veremos que nuestro ser es un yo con mayúscula y el Otro viene siendo un ser con minúscula, porque está muy menguado a nuestra conciencia. Juan, por el contrario, es consciente de la trascendencia del Otro en su vida, por eso hablando de su propia vocación dice: *"Es preciso que Él crezca y que yo disminuya."* (Jn. 3,30). Palabras similares dirá Jesús al anunciar el Misterio de Su glorificación: *"Si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda el solo, pero si muere da mucho fruto."* (Jn. 12,24). Si en nuestras vidas no hay una disminución de tantas exigencias que brotan de nuestro corazón, no habrá una verdadera salvación.

Por el pecado nosotros somos tiniebla. Muchas veces podríamos considerar esa oscuridad que se opone a la luz sólo como algo exterior: los crímenes, las injusticias y las grandes fallas del mundo, pero no nos damos cuenta de que nosotros mismos somos tiniebla al menos de forma parcial, y al llevar la tiniebla no vemos la luz. La forma de ver la luz es salir de nosotros mismos. ¿Por qué nuestros días transcurren generalmente en un centrarnos en nosotros mismos? Éste es uno de los efectos de la tiniebla: la obra purificadora de Dios va a sacarnos cada vez más de

nosotros que queremos ser el centro de todo, incluso de los mismos dones de Dios.

En teoría sabemos que todo debe ser "para mayor gloria de Dios." pero en la práctica falta mucho para que se realice esa palabra que es verdadera. Dice san Agustín que todo amor es "extático"; es decir, todo amor sufre un éxtasis y éxtasis significa salida de nosotros mismos. Un "amor" que no nos lleve todavía a salir de nosotros no es aún amor. La gran tiniebla que señala Juan Bautista es la de centrarse el hombre en sí mismo. Si descendemos a los detalles, vgr: ¿Cómo podremos gozar en plenitud el Misterio de la Navidad si estamos centrados en nosotros mismos, si no alcanzamos a ver que ese Verbo hecho carne, es "*la manifestación de la benignidad de Dios*"? (1 Tit. 3,4). ¿Cómo contemplaremos esa benevolencia de Dios hacia nosotros si nosotros mismos hemos acaparado nuestro pensamiento y nuestro interior? Por eso no vemos ni a Dios, ni a Cristo, ni al hermano.

La gran tiniebla es el egoísmo, y Juan Bautista viene a sacarnos de esa tiniebla, y a llevamos a un cambio de mentalidad para que cedamos el centro a quien debe ser el centro, y una vez que ese centro se ha cedido a quien debe tenerlo, ocupar nuestro propio lugar dentro de este "*Misterio escondido desde siglos en Dios*" (Ef. 3,9); el misterio de la benevolencia del Padre que "*quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.*" (1 Tim. 2,4).

¿Cuál será nuestro lugar dentro de ese plan de Dios donde María supo ocupar admirablemente su lugar, y donde también maravillosamente José lo ocupó a costa de la muerte y del sacrificio de los derechos más legítimos para un hombre? José se somete al designio de Dios, pasa aparentemente a la sombra, y digo "aparentemente" porque colocándose en su verdadero lugar, es donde en verdad adquiere luminosidad su vida. La vida de María es luminosa en su silencio, en su contemplación, en su presencia, y Juan el Bautista también es luminoso cuando él trata de desaparecer. ¿Cuándo nosotros brillaremos dentro del plan salvífico de Dios? Cuando seamos ese cirio que se consume en la presencia del Señor, como el que se prende en las coronas del Adviento; cuando en realidad salgamos del centro y dejemos Su lugar a Cristo. "*Despójense del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias y revístanse del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad.*" (Ef. 4, 22-23). Esta conversión implica no sólo un enmendarse sino un cambio de mentalidad: Gracia maravillosa de conversión realizada por Dios cuando encuentra un corazón dispuesto.

NAVIDAD

"Os anuncio una gran alegría que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy en la ciudad de David, un Salvador que es el Cristo, el Señor...; gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace...!" (Lc. 2,10.14).

1.- "¡Dichoso aquel que no se escandalice de mí!" (Lc.7,23)

En el Evangelio de san Lucas que leíamos hace unos días, Jesús responde a los enviados de Juan que le preguntaban si era Él el Mesías, o que si debían esperar a otros: *"Id y contadle a Juan lo que habéis visto y oído: Los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia el Evangelio. Y, ¡Dichoso aquél que no se escandalice de Mí!" (Lc. 7,19-23).*

Estas últimas palabras *"¡Dichoso aquél que no se escandalice de Mí!"* nos introducen en la fiesta de la Navidad. La Navidad puede decepcionarnos: por unas horas nos alegramos con regalos, con el calor de la familia, con la sonrisa de los niños. Y, el 26 de diciembre nos Podemos preguntar: ¿qué es la Navidad? ¿una región de ensueño? ¿un Walt Disney? Cuando la importancia mayor en nuestra vida se la damos a lo económico, al consumismo, al confort, la Navidad nos decepciona, pero si este acontecimiento nos decepciona, esto es muy grave. Porque, ¿en dónde esta la seguridad humana? ¿En el trabajo, en lo económico, en los seguros de vida, en otras religiones, en el Yoga? Sin embargo, Dios nos da más de lo que nosotros deseamos porque *"tiene poder para realizar todas, las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar."* (Ef. 3,20).

"Bienaventurado aquél a quien Yo no decepcione."

Los caminos de Dios no son los nuestros, si nosotros planificáramos el mundo, quitaríamos el dolor, y sin embargo, el plan de Dios es la cruz de Cristo. La Navidad lleva una profunda alegría, pero también ya para el verdadero cristiano está la Cruz, porque *"No hubo lugar para ellos en el mesón."* ¡No hay morada en el corazón del hombre, el hombre dice: ¡No! No me llenas, no es lo que esperaba.

La Navidad es un regalo, y ante un regalo podemos tener diversas actitudes; unas falsas: mejor guárdalo, no tengo lugar en el armario, queda mejor en tú casa... Otra actitud puede ser la actitud crítica: ¿Qué contendrá el regalo, es imitación de plata? ¿Es de oro? Lo voy aguardar. Hay otra actitud que es la de la sospecha: ¿Por qué me lo habrá dado? Con ninguna de estas actitudes debo recibir el don de Dios, la

verdadera actitud es la de la gratitud. ¡Gracias! Detrás de ese presente veo el amor, veo al donante, y - cuando el que regala es Dios- no hay regalo que sea mezquino. El que critica no capta el sentido del regalo. El que critica la Navidad, no entiende la Navidad, la duda destruye el regalo. El Cristianismo sabe que el Señor se nos ha dado, que Dios nos ama, el don es el amor por parte de Él, por parte nuestra la gratitud.

¿Por qué tantos hombres no aceptan la Navidad? Porque no han aceptado a Dios. Primero hay que aceptar al que nos da el regalo, y después el don. No podemos estar auténticamente alegres si antes no pedimos perdón al Señor porque nos ha decepcionado: Señor, yo te pido perdón, yo te digo a Ti, regalo del Padre, que no me decepcionarás, que no encontraré seguridad fuera de Ti. *"Yo te amo Señor. Tú eres mi Fortaleza, mi roca y mi baluarte, mi liberador, mi Dios."* (Sal. 18,2-4).

Esta noche es tan grande que, aunque hoy tengamos una profunda pena¹, esta aflicción no puede menguar la alegría de la Navidad porque ¡nos ha nacido un Redentor!, y *"de tal manera amó Dios al mundo que nos dio a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca!"* (Jn. 3,16). ¡Bienaventurado aquél a quien Yo no decepcione!. ¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Padre, por habernos dado a tu propio Hijo! ¡Gracias, Padre!

2.- Dios desea seguir encarnado en nuestro corazón

-Navidad 1983-

Estamos celebrando la entrada de Dios en el mundo por el nacimiento en carne humana del Verbo de Dios. Es la fiesta del Misterio de Dios entre nosotros, y "misterio" en la acepción de san Pablo es el designio de Dios de salvar al hombre, este es su sentido fundamental, no la parte de obscuridad que encuentra nuestra inteligencia en la comprensión del "misterio;" aunque esto también permanece.

Cuando en la encarnación del Hijo de Dios, el Verbo asume la naturaleza humana de Jesús no se agota la

¹ El 23 de diciembre de 1983 murieron trágicamente dos religiosas de la Cruz: Ma. Isabel Gutiérrez y Concepción González Gallegos, cuando viajando a la comunidad de Mérida, el autobús en el que iban se estrelló contra una pipa de azufre.

misericordia de Dios. Si Dios toma una naturaleza humana no es sólo para vaciarse en ella, sino para llegar a través de ella a todos los hombres. Dios no solamente quiere encarnar asumiendo la humanidad de Jesús, quiere también llegar a cada uno de los hombres: *"De nada me sirve que el Verbo nazca en María si no nace en mí."* (Orígenes). A nosotros nos toca descubrir el plan de Dios. La humanidad que viene del Espíritu Santo al seno de María debe realizarse en mí, ciertamente no la unión substancial, pero sí ese plan de amor que Dios ha tenido al asumir esa humanidad: Dios –como dicen los Padres de la Iglesia- se hace hombre para que el hombre llegue a ser Dios.

Lo que se realiza en la Navidad es lo que se anhela en el Adviento. Dios, a través del profeta Isaías, dice a Ajaz: *"Pide para tí una señal de Jahveh tu Dios...Dijo Ajaz: No lo pediré, no tentaré a Jahveh"* (Is. 7,10-12). Y el profeta le dice: *"El Señor mismo va a darnos una señal. He aquí que la doncella ha concebido, y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel."* (v.14).

La actitud de Ajaz reproduce nuestra actitud defectuosa. Taulero dice que a Dios le desagrada que no le pidamos cosas grandes. Lo que tenemos que pedirle a Él es a Él mismo. Los santos así lo pedían: *"A Tí mismo Señor...;"* Comparemos la actitud de Ajaz con la de san Juan de la Cruz en la "Oración del alma enamorada," ahí el santo expresa su propia experiencia: *"Señor, ¿qué esperas para Darte a mí? Si son mis pecados los que retardan Tu don, perdónamelos, si esperas mis obras, dámelas para que Tú te entregues a mí"*. El santo adivina el misterio: Dios quiere darse al hombre, no en consideración de sus méritos, de su pureza lograda, Él al darse comunicará esa pureza. Por eso San Agustín decía: *"Señor, dame lo que me pides y pídemelo que quieras"* y en el prefacio de los santos decimos *"al coronar sus dones, coronas tus propios dones."*

Comparemos las actitudes de Ajaz y de san Juan de la Cruz: Ajaz no quiere tentar a Dios, san Juan de la Cruz pide a Dios a Él mismo para vivir su misterio.

Todos podemos dirigirnos hoy a Dios no tomando la actitud de Ajaz, sino la actitud del alma enamorada de san Juan de la Cruz. La Navidad no es recordar, es *revivir* en la Liturgia la Encarnación del Verbo. En este día el Señor nos dice: *Aquí estoy, ¿qué haces tú? ¿me escuchas?, ¿me tomas?, ¿me introduces en tu vida?* Por eso no vamos a hacer la composición de lugar - como dirían las meditaciones ignacianas- estamos ante la *Presencia del Misterio*. Digamos al Señor la oración del alma enamorada: Señor, date, entrégate...Que Él

nos conceda a todos seguir viviendo el misterio de la encarnación del Verbo en nuestra propia vida, siendo así para Él una "humanidad suplementaria."

3.- Los tres nacimientos del Verbo

En el gozo, en la alegría y en una profunda gratitud celebramos hoy la fiesta de la Navidad. El que la Iglesia acostumbre en esta festividad celebrar tres Eucaristías distintas es muy significativo, porque nos hace ver cómo esta festividad triple, podríamos decir, en su celebración eucarística, brotó debido a que la Iglesia quería contemplar el triple nacimiento del Hijo de Dios.

La primera misa nos llevaría a penetrar y a agradecer el nacimiento eterno del Verbo de Dios en el seno del Padre, la segunda Eucaristía, consideraría el aspecto real, histórico- temporal del nacimiento del Verbo en el seno de María, y la tercera Eucaristía nos llevaría a considerar y a pedir la gracia de vivir el nacimiento del Verbo de Dios en el alma de todos aquellos que creen. *"Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron pero a todos los que lo recibieron les dio el poder de venir a ser hijos de Dios."*

Navidad es una festividad que es inagotable para ser considerada y eso nosotros lo vamos experimentando con el correr del tiempo. A pesar de que tantas veces se celebre la Navidad, siempre se encuentra alguna novedad; el mismo Evangelio puede ser considerado bajo muchos aspectos. Hoy quiero considerar ese gran principio del que constantemente vive la Iglesia: lo que sucedió temporalmente a lo largo de la vida de Jesús tiene que realizarse espiritualmente en el corazón del cristiano. Es sorprendente y maravilloso el contemplar cómo Dios en su plan de salvarnos se ajusta absolutamente a la historia humana. Eternamente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en un solo Verbo -en un solo amor- se expresan, se reciben, se dan y no necesitan otra distinción, otra pluralidad que la de su ser relativo: distinto el Hijo del Padre en su relación a Él, lo mismo el Padre en su relación al Hijo y ambos en su relación al Espíritu y el Espíritu a Ellos. Es la simplicidad de la plenitud en la unidad. Pero cuando todo ese amor, cuando toda esa entrega, primeramente entre Ellos y después para el hombre, trata de expresarse es entonces cuando se utiliza el correr del tiempo. Nosotros sabemos que el Misterio de la Encarnación viene a entregarnos en carne humana el amor de Dios. Pero eso implica cierta impotencia no de parte de Dios, sino de la humanidad misma de Cristo. Para poder expresar lo que el Padre, el Hijo y el mismo Verbo sienten por el hombre, la humanidad misma de Cristo no se ajustaba perfectamente. Y entonces, toda la manifestación del

amor de Dios se va realizando a través del tiempo. ¿Cómo Dios nos ama? Con todos los matices que puede tener el amor que nosotros conocemos, y todavía más excede el signo por el cual y a través del cual se nos manifiesta el amor. Dios nos manifiesta en el Verbo encarnado el amor redentor porque nos ama redimiendo. En ese mismo Verbo encarnado, Dios nos manifiesta su amor, enseñándonos como un Maestro, en ese mismo Verbo Encarnado nos va a manifestar otras modalidades. Puede ser el Verbo Encarnado considerado el Esposo que asume la naturaleza humana, también Dios nos manifiesta Su amor a través de la infancia. La infancia vuelve a manifestar el amor y la exigencia del amor de una forma que no la puede manifestar la edad adulta, también la edad posterior a la vida adulta tiene su propia manifestación de amor, pero la infancia tiene algo de peculiar.

Hemos iniciado esta Eucaristía con este cántico: *"Nos ha nacido un niño"*, el Verbo de Dios ha sido niño y ha nacido para nosotros. Y cuando consideramos la infancia del Verbo Encarnado nos encontramos con una pluralidad asombrosa de matices del amor de Dios para el hombre, y de la respuesta que debe ser la nuestra hacia el Verbo de Dios que fue niño. Podríamos por ejemplo fijarnos en lo inicial. Lo inicial de la vida humana de un ser es la impotencia, el niño está totalmente desprotegido, y es el niño el que nos desarma a nosotros. Cuando contemplamos una criatura, nos sentimos desarmados: nos desarma o su sonrisa o su bondad y sobre todo su indigencia, por eso es tan terrible el hecho del aborto.

El Verbo de Dios se hace niño, y al hacerse niño, Dios se nos acerca para ser amado por Él mismo, no por sus dones. El primer aspecto de la infancia es la desprotección. En esa criatura que busca el abrigo, que busca la respuesta, pero la respuesta que protege, se nos manifiesta el amor de Dios que quiere ser aceptado, acogido, aunque primeramente no aparezcan sus dones.

La vida de un niño en esa primera fase de su vida consiste sobre todo en dormir y en jugar, sólo que entrar al juego de Dios es muy serio. Entrar en el juego de Dios fue la cima de la vida de Teresa de Lisieux; se consideró por una parte como un juguete en manos de Dios, Dios podía acordarse de ella como un niño se acuerda del juguete cuando lo necesita, y cuando no lo necesita, lo abandona. Otras veces Teresa del Niño Jesús se consideró entrando en el juego de Dios, pero en un juego en que El mismo parece llegar a ser hasta cierto punto un tirano porque el niño es el que impone las leyes del juego. Cuando una criatura le dice a su abuelita: "Abuelita, vamos a jugar," no van a jugar a lo que quiera la abuelita, sino

que el niño va a ir imponiendo las leyes del juego; y esto es muy difícil porque uno tiene que hacerse tonto para jugar con una criatura. Entrar en el juego de Dios, supone también ese desconcierto en el que nuestra vida tiene que transcurrir, debemos ofrecernos a jugar con Dios, estar dispuestos a jugar. El juego -dice santo Tomás de Aquino- es algo maravilloso, es algo absolutamente indispensable en la vida del hombre, y el juego debe ser comunión; se juega con alguien con el que se puede comulgar.

La vida del niño es jugar y es dormir, y cuando el niño duerme se le debe respetar ese tiempo, ni siquiera se le debe hacer acariciar en estos momentos para no despertarlo, hay que dejarle dormir. Y al mismo tiempo, el niño es la imagen contemplativa del amor, no puede hablar ni ponerse a pensar, permanece en silencio, ¡cuántas horas pasan los niños mirando hacia el techo, sin hablar, ellos contemplan!. Y, fue el Verbo de Dios hecho niño, el que enseñó a María a escuchar, Ella la Virgen de la contemplación, es la Virgen oyente que supo escuchar la Palabra, escuchó al Verbo, escuchó lo que ese niño le pudiera decir con Sus gestos, con Su mirada.

El que el Verbo de Dios haya tomado una infancia marca características peculiares al amor eterno de Dios, pero que al entrar en el tiempo, toma los rasgos distintivos de cada fase de la vida del Verbo Encarnado. La eternidad consiste en la posesión total de la felicidad en un solo instante. En el tiempo no se puede poseer todo en un solo instante, por eso esa felicidad se nos va entregando poco a poco. La Navidad nos entrega un amor desprotegido, un amor desinteresado que pide nuestra respuesta y como Concepción Cabrera de Armida lo dirá al hablar de la encarnación mística: un amor interrumpido. Al niño no se le puede dejar solo ni un solo instante, por eso decía que a veces hay una cierta tiranía en este juego. Se tiene que estar esperando.

Creo que en la festividad de la Navidad el Señor nos pide que, acercándonos al pesebre de Belén, le hablemos a Él queriendo aceptar el amor que nos manifiesta como niño, y al mismo tiempo respondiendo con el amor que se puede dar al Señor en las distintas fases de su vida: uno es el amor que consuela cuando el Señor muere en la Cruz; otro es el amor que se debe dar a Dios hecho carne, hecho niño. Que este misterio de Navidad llegue a nuestro corazón, y que nuevamente escuchemos aquella palabra que es un estribillo de la patrística: *"¿Qué importa que el Verbo de Dios haya nacido una vez en Belén, si no nace en mi corazón?"*

4.- La paz y el amor que Dios trae al hombre mediante la Encarnación del Hijo de Dios

-Navidad-

Las últimas palabras del relato del Evangelio de este día nos ofrecen el tema de reflexión de esta noche de Navidad: *"Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres a quienes Dios ama."* (Lc. 2,14). Estas dos últimas palabras: "paz y amor" son esencialmente el mensaje de la Navidad. Mensaje que viene a ser encarnado en el Dios Niño transmitiendo la paz, y transmitiendo lo que tanto el hombre necesita: el amor, pero el amor de Dios.

Cuando nosotros pensamos en la paz tenemos que ir más allá de la forma habitual en que concebimos la paz como ausencia de guerra, o de los grandes problemas de la humanidad. Aquí la paz es la paz de los gozos mesiánicos que Dios anuncia: vendrán una serie de beneficios para el hombre, pero sobre todo vendrá la paz que procede del perdón de Dios, de ese perdón que Dios da, de ese perdón que el hombre nunca hubiera podido darse a sí mismo. ¡Cuántas veces el hombre busca perdonarse a sí mismo! Hoy la psicología nos dice que debemos perdonarnos porque el rencor se vuelve contra nosotros mismos. Esto es cierto, pero ¡cuánta necesidad tenemos de sabemos perdonados por Dios, por ese Dios al que nosotros hemos alejado por el pecado! El anuncio de la Navidad viene a decirnos: ¡Dios te perdona! ¡Dios te da eso que tanto anhelas! Te doy esa paz que tanto anhelas y que con tanto sustitutos tratas de remplazar. ¡Cuántas veces el hombre procura darse la alegría que no tiene! Por muchos medios, los regalos, las luces, las fiestas, trata de causarse el gozo que no tiene. Ciertamente es lícita la alegría, pero necesitamos recibir la alegría que nos da el perdón maravilloso de Dios. Este es el gozo que viene al hombre con esa palabra "paz". Aquí está la paz, que es Cristo mismo, como dice san Pablo: *"Él es nuestra Paz."* (Ef. 2,14). Y en la noche santa que hoy estamos celebrando viene Cristo a decirnos: ¡YO soy tu paz!

La otra palabra hermosísima es la que viene exactamente al final: *"Paz a los hombres a quienes Dios ama."* No hace mucho tiempo la traducción que se hacía era "paz a los hombres de buena voluntad". De esta manera se ponía el énfasis en el esfuerzo del hombre como si la paz fuera únicamente para los que se han esforzado, para los que son buenos, para los que han puesto de su parte lo que tenían que poner. Pero la verdadera traducción de estas palabras es: *"Paz a los hombres a quienes Dios ama."* ¿Quiénes son esos seres a los que Dios ama? ¿Es acaso sólo una parte de la humanidad? ¿Son únicamente los buenos?, No, Dios ama a todo el hombre, es decir a toda la

humanidad. Hoy se nos proclama el amor a todos los hombres. Dios ama al hombre, absolutamente a todos los hombres. No hay en toda la humanidad alguien que pueda decir: "Yo no tengo amor". Si muchas veces el amor no viene a nosotros a través de los padres o de los amigos caemos en la decepción. Sin embargo, penetrando con fe en el misterio de Dios no hay un solo hombre que pueda decir: "Yo no tengo amor." Porque se nos ha dicho: *"Paz a los hombres a quienes Él ama."* *"Se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres."* como lo proclama la segunda lectura de san Pablo a Tito (Tit. 2,11).

Esta noche celebramos la certeza de que Dios nos ama y la convicción profunda de que Él ofrece el perdón divino al hombre que es lo que origina en él la paz. De esta manera, Dios mismo penetra en el hombre y le hace ver que esa imagen desfigurada que tiene de Dios, Él se la devuelve y le hace ver que Él es un Dios de paz, de amor y no de temor.

Quiero terminar con algo que siempre me viene como una experiencia personal en la noche de la Navidad. El Evangelio de san Lucas narra el testimonio de Jesús ante la pregunta del Bautista: *"Dichoso aquel que no se escandalice de mí."* (Lc. 7,23). O *"Bienaventurado aquél a quien yo no decepciono,"* como expresa otra traducción. Esas palabras yo me las aplico y quisiera que ustedes se las aplicaran: ¡Feliz aquél a quien la manera como Dios realiza Su amor, Su paz, la forma como Él viene a entregarnos sus dones, no nos deje decepcionados! Cuántos de nosotros cuando el dolor se acerca a nuestra vida, cuando el misterio de la muerte llega a nuestra existencia, ponemos en duda el amor de Dios y nos decimos: ¿De qué ha servido todo ese gozo de la Navidad? Esa Navidad sirve para unos cuantos... Pero el gozo de la Navidad es para todos aquellos que verdaderamente creemos en el amor de Dios y somos felices si el Señor no nos decepciona, si Sus caminos, si Sus proyectos, si Su forma de realizar la salvación por medio de la Cruz no llega a causarnos una decepción. ¡Feliz aquél que tiene la fe que brota desde el momento de la Navidad para creer en el amor y en la paz de Dios!

Que hoy penetre en nuestros corazones, en nuestras familias, el gozo de Dios; el gozo que supera absolutamente toda la negrura de la vida humana en los momentos en los que el pecado, o las consecuencias del pecado se apoderan del corazón humano. La luz es la paz, es la estrella que brilla más que la tiniebla, la que se apodera de la tierra. Démosle gracias con todo el corazón al Señor porque ¡nos ha nacido un Niño, porque nos ha nacido un Salvador!